

la llamaron. Miller les manifestó que no había podido alcanzar el tren.

—¿Qué tren?—preguntó Horacio.

—El de Weymouth, señor.

—La señorita dijo que fuisteis a Londres.

—La señorita Beatriz se equivocó, señor.

A Horacio le chocó mucho la idea de que alguien que ejerciese una autoridad, aunque inferior, pudiese equivocarse, así que replicó con acento severo:—Desearía, señora Miller, que esto no se repitiese más. Y además que la primera vez que tengáis que pedirnos permiso, nos hagáis el favor de hablarnos como lo hicisteis con la señorita.—Tenemos voz y voto en el capítulo acerca de esas materias—añadió Herberto, y la Miller saludó y salió del salón.—Es una mujer de carácter extraño—añadió Horacio,—y más de una vez me pregunté si hacíamos bien recibiendo la sin que nos presentase ningún certificado.

## IX

### Conclusiones precipitadas

Mordle emprendió su viaje a la semana siguiente llevándose su pesar y la varonil resolución de hacer lo posible para dejarlo abandonado en la cima de Montblanch o de Matterhon o sumergido en el lago Mayor, o dejar que lo arrastrasen las aguas del Rhin. Antes de cerrar su última maleta, cumplió lo que el sentimiento del honor le hacía considerar como un deber, y se dirigió a casa de los hermanos Talbert para darles cuenta de lo ocurrido con Beatriz. Aquel día los dos hermanos se hallaban muy ocupados embotellando un barril de vino de Jerez, operación a que se dedicaban con gran entusiasmo, habiendo descubierto que comprando el vino por barricas realizaban considerables economías. Esto aparte de que la operación de embotellar un vino generoso es de esas tan importantes como alegres, en que un duque no se sentiría avergonzado

de que le sorprendiesen en ella. A esto se debió el que cuando ambos supieron que acababa de llegar el señor Mordle y que deseaba verlos, le mandasen recado para que bajase a la bodega.

El ministro bajó a la cueva, que no era uno de los sitios peores en aquel tiempo tan caluroso, y encontró a Horacio sentado en una silla baja, con sus dos piernas tendidas a lo largo del barril en una actitud que recordaba la de Baco, acostado y llenando las botellas con el dorado líquido, mientras que su hermano se dedicaba a la no menos delicada operación de encorcharlas después de una porción de preparaciones prolijas y concienzudas. A medida que se iba llenando cada botella y colocándola en su sitio, hacía Horacio una señal con un yeso en una tabla, y a cada cuatro otra especial con el objeto de que fuese más fácil comprobar el total. Todas estas operaciones se realizaban con un sentido práctico tan grande que honraba mucho a los dos hermanos. Con innegable cortesía recibieron éstos a Mordle, abandonando el trabajo tan luego como le vieron. Horacio cerró la espita dejando una botella a medio llenar, y Herberto se separó de la máquina en que estaba encorchando otra llena, rogando al mismo tiempo al visitador que les dispensase si le recibían en aquellas regiones subterráneas. A pesar de sus delantales blancos cortados por el modelo de los que usaban los criados, Herberto y Horacio conservaban el aspecto de lo que eran, de dos caballeros perfectamente educados.

—¿Sabéis que me marcho pasado mañana?—dijo el pastor con acento nervioso.

—Sí, y os deseamos un feliz viaje.

—Gracias. Espero divertirme mucho, pero antes de marcharme quisiera deciros alguna cosa.

Rogáronle que hablase, creyendo que se trataba de algún asunto de la parroquia.

—¿Queréis hacerme el favor de quitaros durante un momento vuestros delantales? Lo que tengo que deciros pertenece a un orden de ideas que se aviene poco con ese traje.

Mordle era una persona privilegiada, y los dos hermanos no habrían tolerado a nadie un lenguaje tan franco, y además, en la manera de expresarse que empleó, se comprendía que tenía que comunicarles algo importante. Sin

responder se quitaron los delantales y los doblaron con mucho cuidado poniéndolos encima del tonel de Jerez.

—¿Deseáis que vayamos arriba?—preguntó Horacio.

—No hay necesidad. Estamos bien aquí. Voy a deciros de lo que se trata—replicó el clergyman con un estilo cortado.—La semana pasada pregunté a la señorita Beatriz Clausón si quería ser mi esposa. Se negó. Creo que es deber mío informaros de lo que pasa.—Horacio miró a Herberto y éste a su hermano. Los dos inclinaron la cabeza con aire meditabundo, pero no respondieron una palabra.—Pues bien. Todo cuanto tenía que deciros se reduce a eso.

—Creo, amigo Mordle, que lo más acertado hubiese sido que nos consultaseis antes—respondió Horacio con mucha gravedad.

—Esa es también mi opinión—añadió Herberto.

—No lo creo así. La señorita Clausón es mayor de edad. Pero poco importa, os lo digo ahora.—Los hermanos menearon la cabeza.—Y os lo digo—prosiguió Mordle,—porque me marchó para olvidar. A mi regreso quisiera poderme presentar como antes en vuestra casa. No tenéis nada que temer.

—A Beatriz es a quien toca decidir—contestó Horacio.

—Esa es mi manera de pensar—dijo Herberto.

La conversación terminó con estas palabras ausentándose el señor Mordle con el corazón apenado, pero la conciencia tranquila para aprovechar sus vacaciones tan duramente ganadas. Los Talbert continuaron su atractiva ocupación y trabajaron en silencio durante algún tiempo, llenándose tres docenas de botellas antes de que Horacio se decidiese a hacer uso de la palabra.

—Ya es hora—dijo,—de que se case Beatriz.

—Sí—respondió su hermano,—pero me parece que eso no está en su carácter, que tiene, a lo que entiendo, mucho del nuestro.

Este pensamiento no dejaba de tener algo de consolador, sobre todo desde que la noticia de los encantos de la señorita Clausón había circulado por sus cercanías y en la mitad del Westshire. Era tiempo ya, en efecto, de que se presentase un pretendiente digno, porque de no ser así, podía temerse que la joven fuese adquiriendo poco a poco las costumbres domésticas de sus tíos, y que no siguiese

insensiblemente la pendiente por que éstos debían deslizarse hasta llegar al fin de sus días. De todo cuanto habían conocido hasta entonces del mundo y de sus vanidades, nada les parecía tan bueno como su hogar, ese hogar tan apreciado sobre todo por los que se interesan en todos los detalles, y que conocen a fondo el medio de hacer en él la vida más llevadera y dulce. A excepción de su visita anual a la capital, los dos hermanos no habían salido de Hazlewood house desde que se instalaron para ponerse al frente de su dirección. Aquel año fueron a Londres a pasar la última semana de Mayo y todo el mes de Junio. Beatriz no les acompañó, porque según decía detestaba a Londres y adoraba a Oakbury y sus preciosos alrededores.

Esto era muy raro tratándose de una joven que, si lo hubiese deseado, podía disfrutar en Londres de todos los placeres y fiestas de la que se llama alta sociedad. Esta decisión libró, sin embargo, de un gran peso a sus tíos, que no hubiesen sabido qué hacer con ella si se empeñara en acompañarles. Una sobrina bonita viviendo con ellos en un hotel hubiera sido, si no un estorbo, al menos una responsabilidad. Aprobando, como ambos lo hacían la conducta de Beatriz con respecto a su madrastra, no podían aconsejarla que se fuese a hospedar a casa de su padre.

Es lo cierto que muchas aristocráticas familias amigas de la de Beatriz hubieran tenido a mucha honra el dar albergue a una sobrina de los Talbert, pero la permanencia de Beatriz en una casa extraña habría dado lugar a mil comentarios y revelado con demasiada claridad al mundo la existencia de intestinas discordias, sobre todo hallándose, como entonces sucedía, su padre en Londres.

Para los Talbert era una cosa deshonrosa el andar contando a los demás las desavenencias de la familia, y por esta razón hablaban de la estancia de Beatriz en su casa como de la de una visita o convidada que va a pasar una temporada en casa de los parientes. Esta delicadeza por parte de los dos hermanos les costaba bastante cara, porque si hubiesen decidido considerar a la joven como formando parte de la casa, hubieran podido, con arreglo a toda justicia, y hasta conveniencia, cargarla su parte de gastos en el famoso inventario de Junio, con lo cual Horacio habría tenido una ocasión más para demostrar a la nueva asociada su habilidad en materia de cuentas y va-

luaciones. Como se ve, la decisión de la señorita Clausón de no irse a Londres con sus parientes libró a éstos de muchos apuros, y durante seis semanas regentó lo mejor que pudo la casa, a Whittaker y al resto del personal.

Terminada la temporada en Londres, los Talbert volvieron a tomar posesión de Hazlewood house para el resto del año, siendo para ellos lo mismo el otoño que el invierno, porque no eran *sportsmen* decididos. A pesar de esto solían aceptar de vez en cuando alguna invitación de un día o dos para cazar, pero su aceptación más bien dependía de la calidad del que los invitaba que de los encantos de la caza. Por más que tirasen muy bien, como bien solían hacer todo aquello que acometían, puede asegurarse desde luego que su manera de tratar la caza era muy distinta, cuando en vez de correr por los campos yacía inanimada encima de la mesa de la cocina, pudiéndose decir que mejor hubieran enseñado a asar una liebre que a pegarle un balazo en la cabeza. De regreso de su viaje a Londres se consideraron instalados definitivamente hasta la primavera siguiente.

Beatriz acababa de cumplir veintidós años; era ya hora de que pareciese algún pretendiente, y los Tabbies, que hubieran empleado gustosos sus cualidades femeninas en el arreglo de un casamiento, empezaron a pasar lista a todos los candidatos elegibles de los contornos. Entonces fué cuando el destino presentó uno que hasta entonces tuviera un lugar secundario, pero más adelante veremos con el tiempo si era o no elegible.

Una mañana que Beatriz entró en la biblioteca encontró a sus tíos reunidos en gran consejo. En el primer momento temió que la diesen la noticia de que la conserva de grosellas rojas recientemente confeccionada, según sus instrucciones, se había echado a perder de repente. No era esto porque tuviese afición desmedida a la conserva de grosellas, pero temía la emoción que este suceso podía producir a sus excelentes tíos, empero el negocio no era tan grave como creyó en un principio.

Su tío Horacio le alargó una carta abierta, diciéndola: —Leed eso, querida sobrina, y decidnos qué os parece.

Beatriz leyó lo siguiente:

«Querido señor Talbert: Tanto vos como vuestro hermano me habéis pedido repetidas veces que vaya a pasar una temporada a vuestra casa, ¿me permitís que vaya ahora a hacerlo una semana o dos de mis vacaciones? El trabajo continuado me quebrantó bastante, y el médico me recomienda pase unos cuantos días en algún retiro tranquilo y campestre. Si me fuese permitido recordar vuestra amable insistencia, y si no os molesta mi compañía, iré directamente desde Oxford. Como es natural, aunque estoy rendido por el trabajo, no soy un inválido, porque en ese caso no os atormentaría con mi presencia.

Sabéis que os aprecia con toda sinceridad, FRANK CARRUTHERS.»

—¿Quién es ese señor Frank Carruthers? —preguntó Beatriz.—¿No es uno de nuestros parientes?

—Su madre era hermanastra de mi padre.

—¿Cuál es entonces su parentesco conmigo?

Horacio se rascó la barba y se puso a pensar en la resolución del problema.—Viene a tener con vos un parentesco que equivale al de los hijos de los primos hermanos—respondió.

—Perfectamente—dijo Herberto.

Puesto en claro este punto, pidió Beatriz otros informes acerca del señor Carruthers y respecto a éste empezó Horacio a contar una historia de familia que por nuestra parte haríamos muy bien en profundizar, porque el buen señor era muy inclinado a la prolijidad. La hermanastra del anciano señor Talbert, de algunos años menos que éste, casó antes de la gloriosa retirada de su hermano con un señor Carruthers. No era un partido brillante, y si este señor fué dichoso en su hogar, es preciso felicitarle por haber terminado su misión antes de dar el señor Talbert el gran salto, abandonando los tabacos, trigos, etc., que hizo que entrase a formar parte de la alta sociedad de los alrededores de Hazlewood.

Si hubiese esperado hasta que se verificó este mágico suceso, es indudable que el excomerciante habría exigido para su hermana un pretendiente menos modesto, porque el señor Carruthers sólo podía disponer de una exigua renta como director de unos trabajos en el Norte. Después del casamiento el señor Talbert perdió de vista a su her-

mana, y el hecho se reproduce con mucha frecuencia entre hermanos para que no asombre a nadie. La señora Carruthers tuvo muchos hijos que se murieron unos tras otros, y escribió a su hermano para notificarle el nacimiento y la muerte de cada uno de ellos. El hermano respondió a esas cartas con felicitaciones o pesares, según requerían las circunstancias, y a esto redujo toda la correspondencia.

En la época en que Horacio y Herberto eran unos jovencillos que llevaban aún las chaquetas de Eton y los cuellos redondos, había nacido ya Frank Carruthers y vivido bastante tiempo para asegurar que se podía dar principio a su educación. Su padre murió antes de que el único hijo que le quedaba hubiese alcanzado la edad de diecisiete años.

El señor Carruthers dejó a su viuda una renta vitalicia y unos cuantos centenares de libras esterlinas en dinero contante y sonante, de modo que pudo vivir de su renta y emplear su capitalito en terminar la educación de su hijo. La buena señora participaba hasta cierto punto de las ideas del viejo Talbert, si bien sus recursos no la permitieron ponerlas en práctica, mas no obstante, envió a su hijo a Oxford. Frank no se portó muy bien en este establecimiento durante tres o cuatro años, sino que contrajo muchas deudas, embrollándose con dificultades de todas clases, tanto, que al fin y a la postre tuvo que recurrir por primera y única vez en su vida al señor Talbert. Este no se negó y el joven salió de apuros.

Por este tiempo falleció repentinamente la señora Carruthers, que había economizado de su renta lo necesario para pagar una prima de un seguro sobre la vida, y gracias a la previsora solicitud de su madre, encontróse Frank a la edad de veintidós años, poseedor de una cantidad que no le bajaba de mil setecientas libras. Por muchas que fuesen las faltas del joven, esto no obstaba para que amase entrañablemente a su madre, y la muerte de ésta le convirtió en otro hombre. Pagó inmediatamente sus anticipos al señor Talbert y se puso a trabajar como un caballo,—intelectualmente se entiende,—y este trabajo produjo el resultado de convertirle en uno de los astros de su promoción, por lo cual fué recompensado en tiempo oportuno con una plaza de agregado. Este nombramiento fué

una verdadera felicidad para él, porque después de pagadas sus deudas no le quedó apenas lo estrictamente necesario para terminar su carrera en Oxford.

Al mismo tiempo que le ocurrió esto determinó convertirse en profesor particular para aumentar los emolumentos que le producía la colocación oficial. En aquella época desgraciadamente para él, el número de profesores particulares excedía con mucho al de los pedidos, de modo que en los primeros años fueron pocos los discípulos que concurrieron a las clases de Frank a pesar de la brillante reputación de éste; perseveró, sin embargo, en sus propósitos, y al cabo de bastante tiempo consiguió tener más trabajo del que podía atender, y de aquí el cansancio producido por el trabajo. Sus tíos contaron esta historia a Beatriz, y dicho se está que pasaron por alto el período de las calaveradas. Estas eran una historia antigua. A la sazón el éxito coronaba las empresas de Frank y no había para qué recordar sus antiguos desfallecimientos.

Hasta entonces Beatriz no había sabido nada de su primo. Mientras vivió su madre, medió una correspondencia bastante lánguida con la señora Carruthers, que cesó cuando murió lady Clausón, pues sir Maingay no conservó aquellas relaciones. Tal vez hasta ignoraba su existencia. Los Talbert, que a decir verdad eran demasiado orgullosos para renegar de ningún miembro de su familia por pobre que fuese, habían tenido ocasiones de ver y tratar al joven Carruthers, y siempre les pareció muy simpático, por lo que le invitaron a pasar una temporada en Oakbury, y después de dos o tres negativas, él mismo era quien anunciaba su llegada.

—¿Es un clergyman?—preguntó Beatriz.—Sin duda debe serlo.

—No—respondió Herberto,—porque no ha recibido las órdenes. Su destino de agregado en la Universidad de Oxford no las exige.

—Siempre debía ser así—replicó Beatriz;—los jóvenes no debían verse impelidos a formar parte de la iglesia ni por la fuerza ni por la persuasión. Además—continuó diciendo,—de que no se debía obligar a un hombre a que abandonase su plaza de agregado cuando se casa. Eso es privarle del dinero en la época en que más lo necesita, viéndose obligado a renunciar a su mujer o a su sueldo.

Beatriz se mostró muy razonable en materia de casamiento, por más que hablaba con un aire indiferente, como si nunca pudiese ella verse en semejante caso.

—Creo, querida sobrina—dijo galantemente Horacio,—que ningún hombre mire como un gran sacrificio la pérdida de esas doscientas libras esterlinas el día en que se trate de vos.

Beatriz agradeció el cumplimiento con una pálida sonrisa y dijo:—Ese sistema puede tener fatales consecuencias, porque obliga a un hombre a que oculte su matrimonio o a no casarse nunca. Esa manera de obrar puede acarrear muchos disgustos.

—Podéis estar segura de que las cosas tal y conforme están establecidas lo están acertadamente—replicó Herberto.

—Tenéis razón—añadió Horacio.

—Estoy segura de que no es así—dijo Beatriz con acento resuelto,—y se adelantaba a su tiempo porque las autoridades han cambiado de sistema adoptando su punto de vista.

—¿Le escribiré diciéndole que venga?—preguntó Horacio.—¿Os molestará su presencia?

—¿Y por qué había de molestarme? Me es indiferente. Escríbidele.

Y al oír el trotar de unos piecitos en el corredor y una vocecilla infantil que la llamaba, se puso en pie para acudir a su llamamiento, y pasados algunos minutos se hallaba en el jardín dando carreras con el niño.

Horacio contrajo la obligación de escribir a Frank Carruthers una carta en un estilo escogido, manifestándole la satisfacción que les producía a su hermano y a él la prometida visita rogando al mismo tiempo fijase la fecha de su llegada y que permaneciese todo el tiempo que le fuese posible a su lado.

Horacio sometió la carta a examen y aprobación de Herberto, que la leyó, meneando la cabeza en señal de asentimiento continuando con la carta en la mano al mismo tiempo que su rostro adquiría un aspecto grave, sumiéndose en una actitud pensativa y perpleja. ¡Cosa extraña! ¡A Horacio le sucedía lo mismo! Durante diez minutos los dos hermanos permanecieron sentados uno

enfrente del otro en actitud meditabunda y acariciándose la puntiaguda barba.

Si el personaje de grosero espíritu que les agració con el epíteto de *Tabbies* (1), los hubiese visto en aquel instante, casi tengo la seguridad, o puede, mejor dicho, que no le hubiese parecido muy apropiada la calificación. Herberto y Horacio sabían, sin decirse una palabra, que sus pensamientos seguían dos líneas paralelas, pues les sucedía con mucha frecuencia que a los dos se les ocurría a un tiempo la misma idea; esto, sin duda, dependía de la igualdad de sus naturalezas.

—Herberto—dijo Horacio,—¿reflexionasteis acerca de lo que dijo Beatriz hace un momento?

—Sí.

—Y yo también, eso puede parecer una revelación, pero es preciso no sacar conclusiones precipitadas.

—No, en efecto, no conviene, pero eso no impide que exista el hecho—replicó Herberto.—Hace cuatro años que sólo podía contar con su sueldo de agregado.

—Tenéis razón, con nada más. Beatriz se expresó razonablemente y la casualidad puede que la haya hecho acertar.

—Mucho lo temo; con todo no nos apresuremos. Y sin embargo, la persona que envió el niño, quien quiera que sea, lo hizo sin duda, porque creía que podía esperar algo de nosotros.

—Sería ridículo atribuir esa idea a un desconocido.

—Completamente ridículo.

—Frank puede haberse visto sometido a una ruda tentación. Es un asunto muy grave, tratemos pues de reconstituirlo pedazo a pedazo.

Y como dos viejas comadres se pusieron a charlar sobre este asunto.

—Convengamos en que se casó hace cuatro años.

—Luego cometió la deshonrosa falta de ocultar su casamiento para conservar su título y su colocación.

—Naturalmente—dijo Horacio,—eso no son más que suposiciones.

La palabra «deshonrosa» aplicada a un miembro de su familia sonaba mal a sus oídos.

(1) «*Tabbies*,» animales domésticos.

—Naturalmente—replicó Herberto,—supongo que su mujer ha muerto... tal vez en fecha muy reciente... tal vez después del nacimiento del niño.

—Mejor, Frank gana mucho dinero ahora y puede renunciar fácilmente al sueldo de doscientas libras.

—Sí, la esposa debía morir después, del nacimiento del niño, y a medida que éste iba creciendo se hacía más difícil su ocultación y al llegar ese caso nos le envió confiando en que le recogeríamos.

—Y ahora—concluyó Horacio,—no habiendo nunca aceptado nuestras invitaciones viene por sí mismo a esta casa. Cuanto más se coordinan los hechos más clara aparece la cosa.

Ambos se hallaban dominados por una viva agitación, y ya sabemos por el asunto de las medias de Ana Jenkins hasta dónde llegaba la fuerza de sus deducciones lógicas. Les apenaba mucho por otra parte que todas las hipótesis acerca del origen de Enrique cayeran faltas de base. A la sazón habían tropezado con una solución que, si deshonoraba a un pariente, no por eso dejaba de ser muy verosímil. Tanto discutieron y tantas vueltas dieron al asunto, que al fin creyeron que habían descubierto la verdad.

—Didcot es el empalme de la línea de Oxford—confinó Herberto pasado un rato en silencio.

—Además, conviene no olvidar que su conducta no fué siempre la que debió ser—respondió su hermano.

Este es el peligro de la disipación, pues por muchos años que paséis entregados a una vida ejemplar, es difícil, por no decir completamente imposible, que los que os conocen olviden las locuras que hicisteis. Vuestros esfuerzos para cambiar de vida son un juego de niños al lado de las dificultades con que tropezaréis para convencer a vuestros amigos de ese cambio. La observación de Horacio quedó sin réplica. Herberto seguía jugando con ademán indolente con la carta que tenía en la mano.—¿La enviamos?—preguntó.

Y empezaron a alisarse la barba hasta que ganó el pleito la bondad de su corazón.

—Bien mirado todo cuanto hemos dicho no es más que una pura conjetura.

—Sí, en verdad.

—Vale más que venga en ese caso.

—Esa es mi opinión, sin que por eso olvide que de esa manera tendremos ocasión de ver cuál es su conducta respecto al niño. El instinto paternal vencerá.

—Dicen que es un instinto muy poderoso—y como ni el uno ni el otro tenían competencia en la materia, sus observaciones tenían un tono de duda y además las hicieron como sujetas a enmienda. Enviaron la cortés misiva, y una semana más tarde, al terminar el año escolar, el joven profesor de Oxford empezó a arreglar el equipaje para dirigirse a Oakbury. Como no hay para qué hacer aquí ningún misterio, podemos asegurar desde luego que Frank Carruthers ni sospechó siquiera la existencia del niño, cuya paternidad le otorgaban con tanta liberalidad sus amables parientes; así como tampoco conocía la de una preciosa joven de ojos grises y cuya belleza era bajo todos conceptos digna de llamar su atención algo desdeñosa y descontentadiza.

## X

### El pariente

La señorita Clausón no parecía interesarse mucho por la visita que se esperaba y consideraba a todos los jóvenes desde el mismo punto de vista por más que hayamos visto, cuando rechazó el amor de Mordle, que era capaz de sentir y hasta de manifestarlo con vehemencia. Los únicos sentimientos que experimentaba respecto a Frank Carruthers eran los siguientes: pensaba con alegría que no era un clergyman, y con algún enojo que era algo pariente suyo. Esto obedecía a que no la gustaban mucho los dignos miembros del clero y a que creía que los primeros abusan muchas veces de su parentesco, lo cual es muy posible.

Tampoco tomaba por su próxima llegada ese interés que suelen manifestar las señoras hacendosas cuando se preparan a recibir a un huésped, pues no la incumbían estos cuidados. Herberto en persona cuidó de que bajasen

a la cocina el gran lecho de plumas para armarlo cerca del fuego, y con sus propias manos sacó de los armarios las colchas, sábanas y almohadas, habiendo tenido tanto cuidado en poner el acerico con alfileres como la caja de cerillas en la mesa de noche. Así que fué con un sentimiento rayano en la indiferencia con el que vió Beatriz abrirse el gran portón para dar paso al carruaje guiado por Horacio.

Al lado de éste iba sentado un joven un poco pálido y fatigado. Al ver el volumen de las maletas que bajaban del coche comprendió Beatriz que el recién llegado había decidido permanecer allí mucho tiempo, y volvió a reanudar su lectura más interesante para ella que la llegada de todos los jóvenes del mundo. Durante largo rato nadie la molestó. La hora de la comida se acercaba y Beatriz estaba dispuesta; los Talbert acompañaron a su huésped a su cuarto para que cambiase de traje.

Poco antes de sonar la campana, los tres se encontraron en el comedor y fué presentado Frank Carruthers a Beatriz con todo el ritual de costumbre en semejantes casos. Cuando un hombre y una mujer joven saben que están destinados a permanecer juntos durante algunas semanas en el campo, y además existen entre ellos lazos de parentesco, no empiezan tratándose con mucha ceremonia. Tal era, al menos, la opinión de Frank Carruthers cuando estrechó la mano de la señorita Clausón y entabló la conversación con ella como si la conociese de toda la vida.

Beatriz estaba segura de que en esto se aprovechaba de su parentesco. Mostróse, sin embargo, muy cortés, hasta amable, y le dió la bienvenida por su llegada a Oakbury, no tardaron mucho rato en observar que aquella conversación en la que tomó parte sólo para cumplir, revestía por parte de su primo un carácter de interesante originalidad. No sé de lo que se trataba pero como lo original va siendo cada día más raro, un joven que, en el curso de la conversación la manifiesta, sale de lo ordinario, sobre todo si deja escapar sus rasgos de ingenio en su presentación a una joven. De manera que debido a esto, Beatriz le miró con intención de saber a quién se parecía. Podéis estar seguros de que en su interior este trabajo lo hizo al oír las primeras palabras. Frank estaba muy pálido y demacrado, y todo en él revelaba el cansancio producido por

incesante trabajo. Comparándole con Horacio y Herberto se le creyera pequeño y delgado por más que fuese de estatura mediana y vigorosamente constituido. Su rostro era expresivo, pero de una belleza personal, con una expresión reflexiva e inteligente.

Sus ojos negros, de mirada viva y penetrante, examinaban rápidamente todo ayudándole a formarse con no menos rapidez una opinión acerca de las personas o los objetos que examinaba. En la comisura de su boca notábase un ligero pliegue que los fisonomistas habrían dicho que era indicio de un carácter algo inclinado al sarcasmo, al ver que su barba denunciaba fuerza de voluntad.

Antes de que Beatriz hubiese terminado su examen y podido deducir de él una conclusión cualquiera, como no fuese la de que el recién llegado tenía una presencia bastante agradable, oyóse repicar la campana del recibimiento anunciando que había llegado la hora de la comida. Horacio dió el brazo a su sobrina, y seguidos de Herberto y Frank se acercaron a la mesa que era redonda y se hallaba colocada al lado de la ventana para poder contemplar el jardín. A pesar de su rostro pálido, no había necesidad de inquietarse por la falta de apetito de Frank, porque era excelente, si bien es cierto que para no comer bien en Hazlewood se necesitaba tener un organismo completamente desequilibrado. Comió como hombre que goza de salud y habló cual pudiera hacerlo el que posee en toda su plenitud sus facultades intelectuales.

—Es mucha amabilidad por vuestra parte—dijo dirigiéndose a Beatriz,—le queremos encargar de un inválido como yo.

—Hay que dar las gracias a mis tíos—contestó la joven, —pues igual que vos soy una convidada.

—Y los dos muy bienvenidos—dijo cortésmente Horacio.

—Esa es mi opinión—añadió Herberto.

—A propósito—dijo de pronto Frank volviéndose hacia Horacio,—decidme cómo os debo llamar a vos y vuestro hermano. «Señor Talbert» pareceme demasiado ceremonioso y «Horacio» y «Herberto» muy familiar; pudiera llamaros del mismo modo que lo hace la señorita Clausón, pero eso sería haceros muy viejos.

—Creo que lo más acertado sería, tratándose de relaciones entre primos, emplear nuestros nombres de pila.

Esta fué una concesión muy importante por parte de los Talbert, pues sólo personas que les habían conocido desde muy niños estaban autorizadas para tratarlos así y en éstas figuraba lady Bowker.

—Muchas gracias; ahora os ruego que pongáis en claro mi parentesco con la señorita Clausón.

—Es un parentesco muy lejano que proviene de una hermana de su abuelo. Parentesco poco apreciado y que si fuese matemático trataría de expresar valiéndome de cifras. No produciría un gran resultado, pero más vale algo que nada.

Beatriz creyó que Frank trataba de englobarla en el convenio terminado con sus primos, mas se equivocaba, porque debían pasar muchas semanas antes de que llamase sin anteponer a su apellido la calificación de señorita. El amor en sus comienzos es siempre muy respetuoso. Los Talbert, que se interesaban mucho por los asuntos de sus convidados y sobre todo que poseían ese mérito tan raro de saber escuchar, le hicieron algunas preguntas acerca de la vida que se llevaba en Oxford.

—¡La vida! No sé si la puedo llamar así porque mientras dura el curso desde las nueve de la mañana a las nueve de la noche la empleo en llenar el vacío que creó la naturaleza y hacia el que ésta no experimenta ningún horror, que existe en los cerebros de los jóvenes escolares. ¿No es cierto que consideráis el destino de profesor como propio de una persona inteligente?

—Es natural.

—Pues bien, estáis equivocados. Un tendero pone de manifiesto recursos cien veces más intelectuales. Existe una inmensa variedad de cosas para vender y un sinnúmero de parroquianos todos distintos, a los que hay que despachar haciendo que se provean de ellas. Mis clientes son todos iguales, mis mercancías no varían en nada, así que os aseguro, señorita Clausón, que es horrorosa la estupidez del estudiante en general.

—Eso hace que necesiten más de un hombre de talento superior para hacerles adelantar en su carrera.

—Tal vez, pero ¿superior en qué? No será en instrucción y sí únicamente lo será por saber prevenir las preguntas que les harán en los exámenes y en el arte de evitarles todo trabajo inútil. En cuanto a saber, el profesor o el pa-

sante no hizo más que saber de antemano lo que ha de enseñar al discípulo, y esto no constituye ningún esfuerzo supremo. ¿Habéis visto alguna vez una fábrica de pirotecnia?—La pregunta se dirigía a la señorita Clausón que, al parecer, deseaba descartarse algún tanto de esta pregunta; como era natural, no la había visto nunca.

—Mirad, es una cosa muy sencilla; se llenan con las materias necesarias los cartuchos preparados. Yo hago lo mismo salitre... latín, azufre... griego, polvo de carbón... historia, paquetes de cohetes de colores distintos... conocimientos generales, etc., etc. No hago más que rellenar cajas vacías que después coloco en su sitio. El examinador aproxima una cerilla encendida y espera el resultado. Entonces suele...

—Suceder que todas estallan sin orden ni concierto—interrumpió maliciosamente Beatriz, y las comparaciones la divertían sobre manera.

—Sí, la mayor parte de las veces estallan y la carga puesta con tanto cuidado se va por todos lados de una manera verdaderamente cómica. Algunos cohetes suben derechos hasta el cielo y vuelven a caer a la tierra convertidos en humildes varillas después de haber desempeñado un papel brillante.

—Y no obstante algunos estudiantes consiguen adelanto en su carrera, cual a vos os sucedió—dijo Horacio.

—Cuanto más conozco a los estudiantes y más trato con ellos, más modesto me voy volviendo, querido Horacio—contestó Frank entrando con completa seguridad en el terreno a que le invitaban sus primos.—Es verdad que vencí, mas si mis rivales se parecen en algo a los que estoy encargado de instruir, confieso que estoy poco orgulloso de mi triunfo.

—No obstante, vuestra reputación y práctica son las que hacen que se agolpen los alumnos a vuestras clases—objetó Herberto.

—Y es sin duda la razón que lleva a vuestro lado a los peores alumnos—dijo Beatriz.

—Algo hay de eso—respondió Frank riendo.

—¿Leéis el latín?—preguntó de pronto, volviéndose hacia la señorita Clausón.

—Sí, ¿cómo lo sabéis?—preguntó ésta.

Carruthers se echó a reír, y dirigiéndola una de esas rá-



pidas miradas peculiares en él, se apresuró a contestar:— Entre vuestras cejas existe una línea... ¡oh!, muy pequeña por cierto. Las jóvenes fruncen el entrecejo cuando se dedican a cierta clase de estudios, y el latín es uno de los difíciles para una señora.

—Otras causas que no tienen nada que ver con el estudio producen también esa arruga de que habláis—replicó Beatriz con más frialdad.

—Sí, el pesar; mas no tuvisteis aun el tiempo de experimentarlo. El orgullo también, pero si lo sois no es con exceso. ¿Veis cómo tengo razón?

En verdad que el joven abusaba, y Beatriz, muy descontenta no respondió nada.

—¿No queréis más champagne?—preguntó Horacio al observar la negativa del joven a la muda oferta de Whittaker.

—No, gracias, bebo muy poco, por más que vuestro vino sea capaz de «quebrantar la austeridad de un anacoreta».

—¿Esa frase, no es de lord Byron?—preguntó Herberto.

—Sí, de Byron, corregido—contestó tranquilamente Beatriz.—Frank la dirigió una mirada rápida.

—¿Estáis segura?—la dijo.

—Sí, por cierto; la semana pasada lo leí otra vez y dice *salud* y no *austeridad*.

—¡Ah! ¡Cuántos meses hace que no le hojeé y no lo recuerdo! No pudiendo encontrar el libro me fié de mi memoria e hice muy mal.

—Ya sabéis lo que dicen: *aliquando dormitat Homerus*—dijo Horacio.

Beatriz dirigió a Frank una mirada investigadora.

—¿Para qué necesitabais apelar a ese texto?—le preguntó.

—Para una cosa u otra... no lo recuerdo a punto fijo. Cuando mi cerebro está en aptitud de funcionar, haré lo posible por acordarme.

—No os molestéis tomándoos ese trabajo. Lo sé; he visto esa cita inexacta la pasada semana.—Frank se encogió de hombros.—Convengamos en que el artículo era vuestro—prosiguió diciendo Beatriz.

—Lo que hay que confesar, señorita Clausón, es que vuestra perspicacia es un poco provocadora.

—¿Qué es lo que ha escrito Frank?

Beatriz se sonrió maliciosamente. Se le presentaba una ocasión de vengarse de la observación de Carruthers acerca de las mujeres que estudiaban latín.

—Ese artículo de la *Revue Nouvelle* acerca de la sociabilidad de los propietarios de fincas rústicas—respondió la joven con mucha gravedad.

—¡Qué locura, Beatriz! Es imposible que Frank haya escrito eso, ¿es acaso verdad?—interrogó Horacio algo molestado al ver que el convidado no rechazaba con energía la acusación.

—Las jóvenes no debían leer los artículos de esa revista.

—Los autores anónimos no debían citar ciertos textos de los que no ocultan su nombre sin tener completa seguridad de lo que hacen—replicó Beatriz.

—Pero, ¿es cierto que escribisteis ese artículo?—preguntó Herberto poniéndose muy serio y los dos hermanos revelaron en sus trastornadas fisonomías tanta ansiedad que Frank se echó a reír y contestó:—La señorita Clausón tiene una perspicacia increíble.

Al oír esto, ambos comprendieron que Carruthers era el autor del artículo en cuestión, artículo que, por los atrevidos conceptos y teorías que contenía, llamó en alto grado la atención del público. Horacio y Herberto se quedaron como quien no sabe lo que le sucede.

—Frank—dijo el primero con acento solemne,—a la fuerza debéis ser radical.

—Debéis serlo—repitió el eco o sea Herberto con voz apenada, y hasta el ceremonioso Whittaker, que había escuchado la conversación y cuyo rostro expresó su asombro, murmuró para sus adentros:—¡Debe ser un radical!

¡Qué pensamiento más desconsolador para el encopetado ayuda de cámara el de que un primo de sus respetables amos pudiese disgustar hasta semejante extremo a la familia!

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo el culpable.—No lo soy. ¿Lo sois vos, Horacio?

Lo absurdo de esta pregunta les hizo echarse a reír a todos. ¡No! ¡Gracias al cielo! ¡Ni Herberto ni Horacio pertenecían a ese partido!

—Pero ¿no es verdad que hay radicales muy dignos de todos los respetos?—preguntó Frank con aire candoroso.

—Algunos, en efecto—respondió Horacio, y por muy duro que fuese para él reconocer esta verdad, recordó que entre sus amigos contaba con dos o tres radicales que ocupaban una posición social que les elevaba muy por cima de sus ideas políticas profesadas por otra parte con gran entereza y dignidad. Este era el gran error de una sociedad bien organizada. Felizmente la contestación de Frank le probó que no pertenecía a ese partido. Eso les llenó de satisfacción y así lo manifestaron con gravedad.

—Creo que el señor Carruthers es simplemente comunista—dijo Beatriz sonriendo malignamente.

—Si es así, echáis por tierra la reputación de perspicaz que os atribuí formando gran concepto de vuestra penetración.

—¿Cuáles son vuestras ideas, querido Frank?

—No las tengo bien definidas y quisiera poder contar con la inspiración de mejores autoridades, las vuestras; por ejemplo, queréis decirme, ¿por qué odiáis tanto a los radicales?

—Porque son así algo como antiingleses.

—¡Ah! Entonces les detesto. Ahora ved lo que soy, un inglés ¿Sois inglés, Horacio?—Los dos hermanos respondieron que creían serlo hasta la médula de los huesos, pero al mismo tiempo en su interior se decían que eran dos ingleses cuyas asperezas insulares desaparecieron con el roce de los viajes.—Sí—añadió Frank,—es una gran cosa ser inglés, y son muy pocas las personas que comprenden todo el alcance de esa palabra; por mi parte, creo que la comprendí perfectamente.

—Está muy bien—respondió Horacio. Y a despecho del artículo acerca de los propietarios fué tranquilizándose respecto a las ideas de su convidado.

—Promulgaría una ley castigando a todo inglés—continuó diciendo Frank—que aprendiese una sola palabra en idioma extranjero. Cada vez que un chiquillo conjuga un verbo francés retrasa el triunfo del reino milenario.

—¡El reino milenario!

—Sí, la idea que formé del reino milenario durante el cual todo el mundo civilizado, sin una sola excepción, hablase el inglés, si fuese posible que nosotros sólo hablásemos nuestro idioma, todas las naciones se verían obliga-

das a aprenderlo, y de esa manera apresurarían la llegada de ese día venturoso.

—Como es natural, dadas esas ideas, debéis hablar más de un idioma—dijo Beatriz que iba poco a poco interesándose en la conversación.

—En mi ignorancia respecto a lo que era bueno o malo aprendí otros dos o tres. Quiero olvidarlos, pero no puedo conseguirlo.

—¡Y bien! ¿De qué manera probaríais vuestro patriotismo?—le preguntó Horacio.

—Me asiría con fuerza a cada pulgada de territorio extranjero adquirida por nosotros, sea por la fuerza, la astucia, compra o descubrimiento, y no me inquietaría para conservarla el saber si paga o no los impuestos. Los antiguos poseedores del suelo salían ganando al convertirse en ingleses, y bajo cualquier latitud que se encontrase el terreno de que se trata sería útil un día u otro.

—Con semejante orden de ideas no me parece tan imposible que odiéis a los radicales—manifestó Herberto con aire de aprobación.

—¿Y qué más?—preguntó Beatriz, a la que Frank se había dirigido casi siempre de modo que tenía derecho a interrogarle.

—Una porción de cosas más; pero como somos todos ingleses, permitidme que os dirija una pregunta: ¿Acaso no sufre vuestra fiereza pensando que estamos obligados a consagrar reyes y reinas procedentes de príncipes de sangre completamente germana? ¿Qué cantidad de sangre inglesa tienen en sus venas? ¿Podéis decirme lo?

Esta era una pregunta interesantísima. Los Talbert empezaron a pasar revista al árbol genealógico de la familia real. Frank por su parte se apoderó de un pedacillo de pan.—Voy a demostrároslo con una alegoría—dijo.—Ved aquí a Jacobo I.—Y enseñó una miga de pan.—Esta es su hija Sofía.—Y cortó el pan en dos pedazos.—Este es Jorge I.—Volvió a cortar la miga.—Jorge II.—Nuevo pedacillo de miga.—Eduardo, duque de Kent.—De este último sacó otro.—¡He aquí la reina que Dios bendiga! ¡Ese es Alberto Eduardo al que el cielo conserve!—Partió por última vez el pan, y cogiendo con su tenedor el último pedazo se lo presentó con mucha gravedad a Beatriz.—¿No es cierto que semejante estado de cosas es verdaderamente

humillante para personas como nosotros que somos ingleses hasta la médula de los huesos?—dijo.—¿No simpatizáis con los jacobitas (1), señorita Clausón?

—Creo que os estáis haciendo reo de alta traición—respondió seriamente Beatriz sin poder asegurar con certeza si Frank se burlaba o hablaba en serio. Tal vez no pudiese asegurarlo él mismo.

La comida tocaba a su fin, Whittaker entró en el cepillo de las migas y echó en la maqueda bandejilla a Jacobo I y toda su descendencia de la línea femenina. En el momento mismo en que sirvieron los licores abrióse la puerta y el favorito de Beatriz empezó a corretear por el comedor. A Enrique le estaba permitido entrar en el comedor al llegar a los postres cuando no había ningún convidado de etiqueta. Los Talbert, que no habían olvidado sus conjeturas, echaron mano a sus lentes para seguir la pista y coger al vuelo los indicios de amor paternal que se escaparían indudablemente a su huésped.

—¡Bah! ¡Otra sorpresa agradable!—exclamó Frank y sin duda quiso decir con esto que la presencia de la señorita Beatriz Clausón había sido la primera que experimentó.—¿Quién es ese personaje tan pequeño?—preguntó al ver que el niño echaba a correr hacia Beatriz.—¿Querrá venir a mi lado? Me gustan mucho los niños, a los que adoro.

Tentado por un racimo de uvas de aspecto irresistible, el niño dió la vuelta a la mesa hasta llegar a donde estaba Frank, que le cogió en brazos, besándole, jugó con él alisándole el pelo rubio tan dorado como la mies, admirando mucho su belleza, pero sin manifestar esa emoción que los Talbert creyeron que se apoderaría de él. Por el contrario, la manera como acogió al niño disipó todas sus sospechas. Este resultado les agradó mucho, a pesar de las tinieblas en que se veían sumidos de nuevo, porque de este modo no se rebajaba ni un ápice la consideración que les inspiraba su simpático primo, al que no tenían como hombre capaz de cometer una mala acción.

Respondieron los Talbert a las preguntas de Frank sobre el vivaracho Enrique, contándole toda la historia de

-----  
(1) Partidarios de los Stuardos.

si llegada y los deseos manifestados por Beatriz para conservarle en la casa.

—No me admira que haya sido así, y confieso que me gustaría mucho que me enviasen uno parecido a éste.

Beatriz le confesó dirigiéndole una mirada de reconocimiento, porque agradecía mucho las palabras que aprobaban su toma de posesión del niño. Hasta entonces no dirigió nunca una mirada tan expresiva a Carruthers, que por su parte tampoco sospechó que aquellos ojos grises tuviesen una mirada tan intensa. Beatriz se levantó de la mesa, y siguiendo la costumbre establecida, dejó solos a los caballeros en el comedor, para reunirse al poco rato y dar un paseo con ellos por las lindes de la posesión. Mientras duró éste, Frank se enteró de mil invenciones con que los hermanos Talbert perfeccionaban sus productos de los alrededores de su quinta.

Averiguó de qué medios se valían para prevenirse contra las enfermedades del trigo o regulaban el consumo del cok en los invernaderos. Hemos dicho que Frank era una de esas personas de rápida comprensión que se apoderan en seguida de todos los detalles o particularidades de un carácter, así que no se sorprendió mucho cuando al regresar del paseo pudo admirar con entera satisfacción un magnífico encaje y convencerse que no era obra de la señorita Clausón, sino que era preciso tributar todas las alabanzas a la paciencia verdaderamente primorosa de su tío Herberto.

XI

¡Es esa la palabra!

Gracias a lo sano del aire en Oakbury y también a un descanso absoluto, el señor Carruthers no tardó en perder su aspecto demacrado y enfermizo.

Antes de pasar ocho días manifestó éste que se había repuesto por completo, que su salud era envidiable y su cara no desmentía estas palabras. Debíase este resultado en gran parte, o mejor dicho, en todo, a los asiduos cuidados de que le rodearon sus hacendosos primos, que en esto no desmintieron la fama que tenían adquirida de saber gobernar una casa. Le alimentaron nutriendole y engordándole, insistiendo para que tomase muchas veces al día substanciosos caldos de buena vaca y para que apresurase el éxito de la cura con muchos vasos de un Oporto añejo de 1847, al que debía gran parte de su merecida reputación la excelente bodega de los Talbert.

Por muy ordenados y económicos que fuesen éstos, no les agradaba que sus convidados y huéspedes careciesen de nada en su hospitalaria casa.

Antes de terminar la semana conoció Frank a fondo a sus primos y nunca sintió tentaciones de ocultarse en un rincón para reír a sus anchas cuando veía a los dos graves caballeros entregarse con mucha seriedad a los trabajos que en otras casas eran de la única incumbencia del sexo femenino, o al oírles discutir, dando gran importancia al asunto, los precios de los géneros de comer, beber y arder.

Lo mismo que Mordle, hallábase Frank dotado de un carácter jovial; parecía también que los de los Talbert eran dignos de estudio, pero aun cuando le hubiesen molestado en algo sus excentricidades no se habría permitido nunca burlarse de ellos, porque la bondadosa amabilidad

con que le trataban compensaba con exceso el aburrimiento que la conducta de sus primos pudiera producirle. A pesar del forzado exclusivismo de sus relaciones sociales, era difícil encontrar hombres más amables que los Talbert, y Carruthers se limitó a tomarles tal cual se presentan sin intentar modificarlos, y su cariño hacia ellos fué creciendo a medida que los trataba, porque aparte de sus manías domésticas, eran personas muy dignas e ilustradas.

Las cosas no tenían este mismo aspecto en cuanto se refería a la señorita Clausón, a la que se dedicó a estudiar aún con más atención, pero pronto comprendió que el resultado de sus observaciones era poco satisfactorio. Por lo que hace a Beatriz, no había adelantado más que el primer día, y sólo estaba seguro de que la joven era muy hermosa. Desde el primer instante su belleza le llamó la atención, pero pasaron muchos días antes que dejase de descubrir en ella nuevos encantos y atractivos puramente personales. Los estudios de Frank Carruthers acerca del aspecto exterior, habrían sin duda agradado a éste, si hubiese conocido su resultado y la preocupara lo más mínimo el saber si agradaba o no al joven profesor.

En cuanto a éste, todo lo que se refería a Beatriz era un enigma, cuya solución buscaba durante muchas horas del día y de la noche.

No se imaginaba Beatriz, ni con mucho, que inspiraba tanto interés cuando al asomarse a la ventana veía a Frank tendido sobre el césped, con un sombrero de paja inclinado hasta los ojos, al parecer siguiendo con la mirada la ligera y azulada nubecilla formada por el humo de su cigarro, no sabiendo si estaba dormido o compaginando datos para escribir un nuevo artículo, sino absorto completamente pensando en ella.

Durante la primera semana se vieron con mucha frecuencia, porque Frank no tenía el carácter de esos hombres que andan veinte millas, o atraviesan de un extremo a otro un condado para ir a ver una montaña o contemplar una cascada. Todas sus ideas acerca de las vacaciones podían resumirse en estas palabras: *matar el tiempo*.

—Un hombre que sabe hacerlo—dijo un día Beatriz,—es una verdadera notabilidad. Así que ese es un arte que no se adquiere con tanta facilidad. Con mucha frecuencia vi muchas imitaciones, pero casi nunca el producto en

toda su pureza. Enseñadme un hombre que pueda pasar el día de esa manera, sin hacer nada, y os aseguro desde luego que ese es el que se halla más cerca de la felicidad. «De esa manera» significaba estar tendido sobre la hierba como se dijo más arriba.

—Pero estabais ocupado, fumabais—le dijo Beatriz.

—Sí, para salvar las apariencias. En estos tiempos en que todos se muestran tan atareados, no está bien que uno permanezca completamente inactivo.

Era natural que Beatriz tomase a broma esta contestación y se riese, pero permaneció seria y sin moverse del sillón en que estaba sentada, le miró sin que sus ojos perdiesen su expresión grave, casi enojada. ¿En un día radiante de agosto cuando el cielo está sin una nube que empañe su pureza, y todos los árboles, excepción hecha del castaño, demasiado prematuro, llega a todo el esplendor de la florescencia, cuando todavía se abren los botones de las rosas para convertirse en otras que reemplazan a las que cayeron, se comprende que en un día como ese tenga una joven el derecho de mirár gravemente al hombre sentado a su lado? ¡No! Y mucho menos si esa joven ocupa la posición de Beatriz Clausón y posee su fortuna. Y, sin embargo, le contestó y habló con mucha gravedad.

—Hacéis muy mal en decir semejantes tonterías, señor Carruthers.

Frank se incorporó apoyándose en el brazo.

—No digo tonterías, hablo tan sólo de mi manera de comprender las vacaciones. Cuando trabajo es otra cosa. Os aseguro que entonces lo hago con toda mi alma, así que si alguna vez me dedico a holgazanear, no debe extrañaros sea con mis cinco sentidos.

—Tenéis pobre idea de la felicidad humana.

—¿Os lo parece? Decidme entonces cuál es vuestra opinión acerca de esa materia.

Beatriz se calló y hasta volvió a otro lado la cabeza.

—Estoy esperando esa definición, señorita—dijo Frank y en sus palabras no había el menor indicio de burla y parecía haberse puesto tan serio como ella.

—No puedo daros ninguna—contestó Beatriz.

—¡Ninguna! ¡A vuestra edad! ¿Renunciasteis ya a las ilusiones? A las jóvenes, no obstante, las gusta soñar, al menos así lo creo yo. A unas las agrada soñar que se

casan con un hombre rico y que brillan en la alta sociedad, si son románticas sueñan que se casan con un hombre sin bienes de fortuna, otras con la vida religiosa, con las misiones... ¡qué sé yo! ¿Cuál es vuestro sueño?

—No tengo ninguno—respondió friamente Beatriz.

—Veamos, debéis soñar, ahora estáis dormida, pero a todos los que duermen suele llegarles su turno y soñar. Sólo en el torbellino de la vida y del mundo, hay que renunciar a los ensueños, y cuando llega ese caso hasta se pierde el recuerdo de los sueños de antaño... Se camina... se camina sin cesar y el sueño suele realizarse muchas veces en una época en que ya uno lo olvidó, es decir, demasiado tarde.—Beatriz inclinó la cabeza y permaneció silenciosa.—Tal vez entre las que mencioné, no se halle la clase de ensueño que vos formasteis—replicó Carruthers, —porque no me acordé de que trataba con una joven muy instruída. Tal vez hayáis soñado con la gloria del escritor.

—No sueño—repitió Beatriz, y Carruthers la miró cara a cara.

—¿Podréis también decir que no habéis soñado nunca?

Beatriz no respondió nada. A Frank se le figuró que su espíritu estaba muy lejos de aquellos sitios, precisamente en el país de los sueños. Tan firme era su creencia, que se dijo que si Beatriz aseguraba que no había soñado jamás infringirla, no sabía qué mandamiento de la ley de Dios... el que prohíbe mentir...

—¿Ni tampoco en la grandeza o en la gloria?—añadió con tono ligero.—¡En verdad, señorita Clausón, que sois incomprensible!

Beatriz cambió de conversación, y dijo:—Me marcho a la ciudad.

—Con vuestro permiso os acompañaré—y Beatriz no se opuso de ningún modo a este deseo.

Y ¡cosa extraña! a pesar de sus teorías acerca de la holgazanería, Carruthers se hallaba siempre dispuesto a acompañar a Beatriz a todos los sitios que quería. Esto se debe, sin duda, a que no hay hombre que pueda permanecer fiel durante veinticuatro horas seguidas a sus principios. A Carruthers en sus ensayos de estudios psicológicos acerca de Beatriz le parecía muy duro pronunciar la palabra que en el estado actual de sus conjeturas creía más adecuada para caracterizar la naturaleza de la joven. Es ver-

dad que para hacer esos estudios tenía en cuenta la parte de tristeza ocasionada por los disgustos que la joven sufría con su padre, y habiendo sabido que habitaba en Oakbury desde hacía ocho meses, tuvo bastante penetración para adivinar la causa de tan prolongada estancia.

Aparte de esto halló en el carácter de Beatriz algo más que la tristeza, existía la apatía que los Talbert creían que era extrema distinción de los modales, y Frank atribuyó la indiferencia que la joven mostraba hacia todo, a esa enfermedad, pareciéndole muy extraño que, dada su inteligencia y posición, careciese de deseos en la vida.

Cuando empezó a tratarla, formó muy alto concepto tanto de su hermosura como de su carácter, y a medida que su conocimiento iba siendo más íntimo no se le presentó ocasión de modificar su criterio; natural era que fuese así porque Frank Carruthers, profesor agregado en el colegio de \*\*\* en Oxford, era un hombre de mucho talento que después de haberse tomado tanto trabajo podía definir con precisión el carácter de una débil mujer.

Y tras larga serie de eslabonados razonamientos, acabó por deducir que había encontrado la palabra conveniente para dar idea del estado moral de Beatriz. Esta se hallaba bajo el influjo morboso de la apatía, y todos sabemos que el mejor remedio para curarlo es despertar en el paciente el interés hacia sus semejantes, hacia uno solo algunas veces. El efecto producido es el mismo.

Como resultado práctico de este diagnóstico, el doctor Carruthers comprendió que era una verdadera obra de caridad emplear sus recursos para conseguir tan hermosa cura. Esto sin contar con que una buena acción suele casi siempre llevar en sí su recompensa.

Su opinión se acentuó al observar que Beatriz no se hallaba a gusto más que cuando tenía al niño a su lado. El interés que tomaba por su favorito le hacía desplegar todas esas cualidades que los célibes exaltados atribuyen con tan buen derecho a una mujer: ternura, bondad e indulgencia. Los solterones, si son tiernos y poéticos, confían en que éstas sean palabras sinónimas,—piensan generalmente que una mujer no está nunca tan hermosa como cuando se hallan a su lado uno o muchos niños, algunas veces, sin embargo, y después de casarse se les oyó manifestar el pesar de que esta compañía no fuese constante

A pesar de todas las conclusiones de Frank acerca de Beatriz, necesitaba estudiar aún el por qué de ese estado enfermizo en su parte mental, que más que en otra mujer debírale haber servido de preservativo.

Cuanto más quería darse cuenta de aquel estado, más obligado se veía a aceptar como causa primórdial un hecho que, hasta en los primeros días de conocerla, le pareció desagradable e insoportable. Tenía Frank demasiada experiencia de la vida para ignorar que a veces las víctimas de lo que se llama una *pasión desgraciada*, se dejan arrastrar por una languidez mortal y hacen creer a sus amigos que todo en el mundo acabó para ellas.

A poco de su llegada a Hazlewood hizo una noche Frank preguntas respecto a Beatriz, afectando el aire más indiferente del mundo, tratando de inquirir por qué no se había casado o al menos no estaba comprometida para hacerlo en seguida. Respondieron los Talbert como de costumbre, que tiempo tenía de pensarlo, pero que tal vez había heredado algo de su carácter y que no pensaba casarse por no tener afición al matrimonio. Y esto fué de lo que Carruthers se permitió dudar.

—Puede que haya tenido un disgusto amoroso—dijo con aire indiferente y al mismo tiempo que decía esto era tanta su preocupación, que llenó de Burdeos el vaso en que bebiera el Oporto de 1847.

—Habéis de saber, querido Frank, que semejante cosa tratándose de la señorita Clausón es imposible—contestó Horacio con mucha dignidad.

—Así es; no puede ser—añadió Herberto.

—¿El qué? ¿Amar a alguien?

—No; pero sí el sufrir un fracaso por ese concepto, porque está demasiado bien educada... muy bien educada para que suceda semejante cosa. Cuando haga su elección, todos nosotros la aprobaremos. En ese acontecimiento que habláis ni siquiera se puede pensar.

—Es en extremo satisfactorio, porque una joven tan bien organizada es uno de los productos más excelentes de los tiempos modernos—replicó Frank.

Poco a poco habíanse ido acostumbrando los dos hermanos a los modales y frases de Frank, pero no dejó

de chocarles, que tratándose de Beatriz emplease la palabra *joven*, por más que aparentaron no oírlo.

—¿De modo que aun no eligió?—añadió Frank.

—No, qué sepamos, y casi me atrevo a asegurar que tampoco lo sabe sir Maingay.

Carruthers no insistió más y se fué al jardín a pasear y hablar con Beatriz de las estrellas que brillaban en el cielo. Habiéndose asegurado de que ésta no se entregó hasta entonces en manos de otro médico amatorio, podía emprender su curación sin temor de faltar a las convenciones profesionales.

## XII

### ¡Un caballo! ¡Un caballo!

Aunque al hablar de Beatriz no hemos mencionado su lado ni amigos ni conocidos, no debe deducirse que llevase en Hazlewood vida de reclusa, sino que por el contrario podía elegir entre dos categorías. Y no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta que los Talbert daban gran importancia al trato social y poseían un libro de visitas tan bien arreglado como el de la más encopetada señora.

En la época en que esto sucedía, ocurrió que un amigo de la señorita Clausón se presentó muchas veces, cruzándose en el camino con Carruthers. Este amigo, o mejor conocido, era un joven grueso, heredero de una de las familias en buena posición de los alrededores de Oakbury, un buen muchacho, ancho de hombros, que durante un par de años podía aún desarrollarse mucho más para haber el orgullo de su madre y enorgullecer a una joven con sus homenajes.

Estudiaba en Oxford, y durante algún tiempo fué uno de los discípulos de Frank, así que una tarde al presentarse

se en casa de los Talbert se quedó muy sorprendido al encontrar al renombrado profesor instalado tranquilamente en Hazlewood.

Aprovechando la ocasión hizo que durase la visita hasta la llegada de Beatriz, y a los pocos minutos oyó Frank preguntar á ésta que cuándo iría a buscarla para dar un paseo a caballo. Aunque en los distintos interrogatorios que Frank hizo sufrir a Beatriz, averiguó que a ésta le agradaba la equitación, no había tenido aún ocasión de verla a caballo, ¡quién sabe si Cupido guarda para lo último su flecha más acerada y segura! Los Talbert no tenían fama de buenos jinetes, por más que en su juventud hubiesen aprendido a montar como complemento de una buena educación, pero al llegar a la edad madura, preferían los almohadones del coche al sillín del caballo. Así que poseían unos carruajes muy buenos y un caballo de silla comprado para Beatriz, que no lo había empleado porque no podía salir sola, y de hacer que la siguiese un lacayo, éste hubiera tenido que utilizar uno de los caballos del coche. Por esta causa no salía a pasear a caballo más que cuando sus tíos no usaban el coche, o si se presentaba una escolta improvisada como la que le ofrecía el joven Purton. El caballo estaba a cargo del veterinario y Purton no tenía esperanza de que Beatriz aceptase sus servicios; pero el caballo tardaría muy poco en restablecerse y podría utilizarse.

Desde el día en que ocurrió esto, el señor Purton tomó la costumbre de detenerse todas las mañanas en Hazlewood para preguntar si había vuelto el caballo de Beatriz, manifestando deseos de alquilar uno o pedirle prestado para ponerlo a disposición de la joven, pero ésta declinó semejante oferta, tal vez debido a que daba poca importancia al paseo.

Frank por su parte se acostumbró a que, cuando encontraba al joven vestido con su elegante traje de montar, se entretenían bromeándole y preguntándole noticias acerca del caballo convaleciente, porque llegó a sus oídos que su antiguo discípulo había ido dos o tres veces hasta Black-tow para enterarse del estado del enfermo. Para zaherirle más, y al mismo tiempo divertirse, solía Frank dirigirle preguntas en el más puro griego o en un latín muy correcto, de modo que el joven daba una vuelta declarando que